

EL ARTE DE PENSAR BIEN

JULIO MARÍA SANGUINETTI

En su pequeño castillo de Perigord, el maestro Montaigne escribió: "Es el manejo y el empleo de los hombres brillantes el que da valor a la lengua, no tanto innovándola como dotándola de más vigorosas y diversas utilidades, estirándola y doblándola. No aportan palabras, pero enriquecen las suyas, dan mayor peso y profundidad a su significado y uso, le enseñan movimientos desacostumbrados, pero con prudencia e ingenio". "Cuando veo esas nobles formas de explicarse, tan vivas, tan profundas, no digo que es hablar bien, digo que es pensar bien".

Cuando un poeta de la altura de Octavio Paz habla de los asuntos de los hombres, de sus ideas políticas, a veces en el pasado, otras en el comprometido presente, alcanza esa dimensión sintética que pocos han logrado: el perfecto equilibrio entre la forma y el fondo, el contenido y su expresión. Tan bien se expresa que, como dice Montaigne, se siente el peso del pensar bien. Pero a la vez, tan cierto es lo que dice, que cuesta imaginarlo escrito de otro modo.

Lo extraordinario del caso es que esa obra culminante de la reflexión política se ha construido a lo largo de un siglo cambiante y repleto como pocos, en que vientos y mareas nos han llevado y traído como hojas; la guerra de España, dos guerras mundiales, la negra tormenta nazi-fascista, el sueño marxista, su trágica destrucción, la revolución mexicana, la energía atómica, la conquista espacial, la sociedad de consumo...

Nunca es fácil meditar ni aun en la serenidad conventual; menos lo es en medio de las angustias y miedos de la tormenta, conviviendo con las dudas. Como todo espíritu crítico, de ellas se nutrió Octavio: la duda sobre la naturaleza de la Unión Soviética, cuando parecía ser la vanguardia de la revolución mundial; aquella otra sobre la existencia del mal entre los hombres, ese tema tan lejano siempre a los pensadores laicos, pertrechados de razones, impotentes ante aquello inexplicable en su perversidad; la tan profundamente sentida sobre la naturaleza de la

revolución (perdón, "revuelta"...) mexicana y latinoamericana...

De este ejercicio libre de la crítica emanó una obra luminosa por dos poderosos afluentes: uno filosófico, el culto de la libertad, que le permitió no caer nunca en las herejías del autoritarismo, pese a su tentación de eficacia, a su oferta mesiánica de justicia fulminante; el otro, moral, que es el valor para sustentar la conclusión a la que se arriba, asumir sus consecuencias, convivir con sus incomodidades, expresarlas aunque las circunstancias no sean propicias. Fácil es decirlo. Difícil es practicarlo. El intelectual no es un hombre de acción, aunque en este siglo ha gustado como nunca antes de llevarle la mano al hacedor de hechos. El desafío está en que cuando piensa sobre los hechos políticos enfrenta luego las mismas desgracias, sufre idénticas incomprendiones, recibe los mismos golpes, pero no esgrime las mismas armas para replicar a su vez. Cuánto más sencillo es edulcorar la propia convicción, soslayar el enfrentamiento, eludir el choque. Se vive más cómodo, pero así ningún intelectual puede llegar a los 80 años y sentir el reconocimiento de un magisterio que alumbró cuando todo estaba oscuro y dio fe cuando todo parecía perdido.

Es fácil escribir hoy golpeándose el pecho en la denuncia de los campos de concentración soviéticos, de los "gulags". Lo difícil era hacerlo en 1950, cuando los Sartre comandaban la intelectualidad mundial detrás del sueño marxista, otorgando condecoraciones o decretando excomuniones morales. "En aquellos días", nos dice Octavio en *Itinerario*, "yo no me imaginaba que los vituperios iban a acompañarme años y años, hasta ahora. Me inquietaba mi situación psicológica, o, para decirlo con una frase anticuada y exacta: me angustiaba el estado de mi alma. Había perdido no sólo a varios amigos sino a mis antiguas certidumbres". El joven intelectual no medía lo que los viejos políticos llevamos grabado en las coronarias: que muy pocos agradecerán el bien que hagamos, nadie reconocerá las desgracias que evitemos y todos recordarán puntualmente aquella frase en que erramos o aquel tropezo en que caímos.

• Julio María Sanguinetti, expresidente de Uruguay.

Octavio, sin embargo, alcanzó un premio reservado a los elegidos de los dioses: poder saborear el haber tenido razón y observar a sus enemigos sepultados bajo los hechos. No tuvo la misma suerte el pobre Camus, tan querido y admirado por él. Tampoco Raymond Aron, a quien la dictadura propagandística de Sartre relegó a un papel de secundón, cuando él tanta veces acertó como aquel erró. El gran mexicano siguió escribiendo y pensando sobre el hoy hasta el final, de donde tampoco pudo gozar de demasiada tranquilidad. Unos le reprocharon su conservadurismo, por llamar a la dictadura castrista por su nombre y afirmar que no hay sustituto para la democracia liberal; otros todavía sospecharon de su viejo socialismo cuando condenaba los excesos de una sociedad de consumo que nos va vaciando de valores. Poca cosa son, sin embargo, estos ataques, frente a la magnitud de la consagración en el gran debate del siglo: ella lo levanta por encima de la intelectualidad latinoamericana de este siglo en el arte de pensar. Acertados pensadores ha habido, no demasiados pero ha habido; no han sido en cambio intelectuales rigurosos o creadores artísticos. A la inversa, muy pocos grandes intelectuales han conjugado la creatividad con las buenas razones...

Su teoría democrática es pura pero no abstracta. Pura, porque no la contaminó con concesiones autoritarias, presuntamente necesarias para manejar nuestro primitivismo. Pero no abstracta, porque la ubica en nuestra sociedad, en nuestro contexto. De allí su profundidad al analizar la lucha del mundo subdesarrollado, con su heterogeneidad y contradicción, su desvío al caer en el arcaísmo que lo alejaba de la razón revolucionaria para buscar en la raíz el retorno a las fuentes. Su "laberinto" por eso se elevó sobre la peripecia mexicana y, al explicarla, nos interpreta a todos, hasta nos ofrece la clave de los ayatolas de hoy con treinta años de anticipación. Condena las dictaduras sin quedarse en el rechazo: explica su raíz para poder superarlas de verdad, para entender que aquella rebelión de los pueblos no iba a encontrar en ese autoritarismo su real camino, pero tampoco su respuesta en un paternalismo gobernado por la alternancia de premios y temores.

Del mismo modo, nos explica la naturaleza íntima del extravío de aquellos intelectuales seducidos por el totalitarismo: "Hay una falla, una secreta hendedura en la conciencia del intelectual moderno. Arrancados de la totalidad y de los antiguos absolutos religiosos, sentimos nostalgia de totalidad y absoluto. Esto explica, quizás, el impulso que los llevó a convertirse al comunismo y a defenderlo. Fue una perversa parodia de la comunión religiosa".

Lo tremendo es que esa búsqueda de certezas es una persistencia en el intelectual. De allí la asechan-

za aún vigente, que deforma y pervierte. Por eso hoy corremos el riesgo de pasar de la religión del Estado a la del mercado; o de insultar al nacionalismo de fundamentalismo, o al medioambientalismo de utopismo naturalista, o a la racionalidad económica de indiferencia social. La tendencia a transmutar en religión las ideas políticas se ha dado tanto a derecha como a izquierda. Por ello, así como en los años pasados tuvimos que sufrir el dogmatismo de la izquierda, hoy sufrimos el de una derecha que confunde capitalismo con democracia y corrompe la generosidad liberal con un individualismo egoísta, desapegado de esa fraternidad que no puede perder su condición inspiradora.

Cafdas las ideologías, nos sigue advirtiendo: "La única ideología sobreviviente de las crisis, guerras y revoluciones de los siglos XIX y XX ha sido el nacionalismo". "Creo en el genio particular de cada pueblo; creo también que las grandes creaciones, sean colectivas o individuales, son el resultado de la fusión de elementos distintos e incluso contrarios. La cultura es hibridación". Pero "la resurrección de los nacionalismos y la de los fundamentalismos religiosos nos enfrenta a un peligro cierto: o somos capaces de integrarlos en unidades más vastas o su proliferación nos llevará al caos político y, en seguida, a la guerra".

A la vez, también nos indica: el comunismo cayó por sus propios errores, mucho más que por la competencia capitalista. No nos engañemos, "el mercado es un mecanismo que crea, simultáneamente, zonas de abundancia y de pobreza. Con la misma indiferencia reparte bienes de consumo y la miseria". "La angustia psicológica, la incertidumbre, el no saber qué será de nosotros mañana, se ha convertido en nuestra segunda naturaleza. El mercado es el promotor de los cambios y la innovaciones técnicas: también es el rey del despilfarro". "Necesitamos encontrar métodos que humanicen al mercado; de lo contrario, nos devorará y devorará al planeta". De allí entonces la necesidad de que la democracia política sea la que nos permita esa síntesis. No podemos suprimir el mercado, porque cada vez que se intentó se construyó una tiranía. Pero no nos dejemos arrastrar por la ceguera de su mecanismo (como todo mecanismo, no reconoce valores sino resultados). Cuando vemos una economía capitalista que triunfa, pero condena al desempleo y margina en medio de la prosperidad, encontramos allí la nueva pregunta a la que habremos de buscar respuesta en los tiempos que se abren.

"Haber olvidado al hombre concreto fue el gran pecado de las ideologías políticas de los siglos XIX y XX". El marxismo, el fascismo, lo sumergieron en la transpersonalidad de clase o nación. El nazismo lo

DON OCTAVIO PAZ

La vida me dio la oportunidad de conocer a algunos de los hombres más grandes de mi tiempo. Ninguno me impresionó tanto como Octavio Paz.

Lo conocí hace doce años, gracias a José Guilherme Merquior, quien consideraba a Octavio Paz un escritor de dimensión universal. Hablamos sobre la incomprensible injusticia de la tragedia de la conquista, la destrucción de las culturas precolombinas y la saga mexicana de las revoluciones populares; de sus figuras mágicas como Zapata, Carranza, Obregón, Porfirio Díaz, fijadas en los colores de Orozco, Diego Rivera, Frida, Siqueiros, y en la poderosa literatura mexicana, con la expresión mayor de pensador y poeta de Octavio Paz a la cabeza.

Fue una reunión fascinante. Octavio Paz no huyó de los temas políticos, literarios, su vida y su obra. Pareció sorprenderse de que yo conociera gran parte de lo que había escrito, y la historia y la literatura de México.

Habló del mundo, que había cambiando desde su viaje histórico a Valencia, en 1937, hace cincuenta años, en plena Guerra Civil Española. Analizó su aventura intelectual, a los perdedores y a los ganadores de los tiempos modernos, las frustraciones, los rumbos de la cultura y el pensamiento de este siglo, la radicalización ideológica, la impresión que le causaron los campos de concentración y su alejamiento de las ideas comunistas. Su ojeriza hacia Sartre ("la poesía no tiene lugar en su sistema"), Unamuno ("un escritor antipático"), Hernández. Me contó que, en el viaje a España con Neruda, Malraux, Spender, Vallejo,

Guillén y el poeta mexicano Pellicer, se encontraba en el tren Ehrenburg, quien le pidió noticias de Trotsky, exiliado entonces en México. Pellicer dijo, para consternación de todos: "Conocí a Trotsky en casa de Diego Rivera. Me pareció un buen crítico de arte..."

Cada vez que iba a México lo buscaba. "Para un escritor un partido político es la destrucción". "San Ignacio de Loyola fue el patrón de los marxistas". "La literatura española no fue dorada en el Siglo de Oro, y no lo es hoy". "Odio a la autoridad", respondí cuando me pidieron que buscara la presidencia de México". "La lengua es la realidad sustancial y total del poeta". Anoté estas frases después de aquel encuentro.

En diciembre pasado estuve en México, le llamé. Su voz no era la misma. Era un hilito de agua, tenue, debilísimo. Sus fotografías mostraban la cara de la enfermedad y de su rostro había escapado la eterna sonrisa, para dejar florecer cierto aire de tristeza y de amargura.

De Octavio Paz me queda la visión de lo que es la gran pasión por la literatura. Escribía sobre todo, dominaba todos los géneros literarios, conoció todas las ramas del saber, fue un pensador de su país, de América, del mundo, del destino humano. Pero un día dijo: "Nada de ello fue más grande que mi ilimitado amor por la literatura". Y éste es el mayor amor del hombre.

JOSÉ SARNEY

• José Sarney, *expresidente de Brasil*

diluyó en la barbarie racista. Se trata entonces de que el liberalismo no se deje inundar de mercado y preserve lo rescatable del imaginario socialista para mantener viva, junto al ideal de la libertad, la aspiración de la igualdad.

En el vasto territorio de las ideas hemos vivido haciéndonos trampas. Este siglo que ya terminó en 1989, cuando el muro de Berlín puso fin a la relación de fuerzas y a conflictos que venían desde la Primera Guerra Mundial, nos deja de nuevo perplejos ante los hechos. Hemos aprendido errando. Pero ya no

basta con no errar; tampoco alcanza con ser menos malos que los totalitarios. Se trata de ofrecerle a la gente un ámbito colectivo donde poder buscar libremente sus propios e intransferibles caminos de satisfacción individual. En esa búsqueda, el mensaje de humanismo de la obra de Octavio Paz nos acompaña. Con la misma luz orientadora con que nos ayudó antes, en aquellos años duros de combate en que pedir justicia social era ser sospechoso de comunista, y proclamar la sacralidad del voto ciudadano, conformismo burgués. <